

Lunes 30 de Octubre de 1922

EL DISFRAZ

Si el cedro hablara, si por un prodigio de renovación de valores la augusta y tachonada puerta del Palacio de Gobierno, se contagiara con el medio ambiente, se tornara parlanchina y refiriera lo que ha visto, ¡qué de cosas interesantes contaría!

Ante ella ha desfilado casi un siglo de vida republicana, enérgica y austera con Portales, Montt y Varas; llena de gloria militar con Bulnes y Pinto; campechana con don José Joaquín Pérez; turbulenta con Santa María; trágica con Balmaceda... La puerta ha visto, luego, entrar y salir muchos presidentes, muchos ministros, muchos militares, casi siempre de valer, en todo caso dignos de respeto...

Después, ha visto cosas nuevas: amigos presidenciales que entraban flacos y salían gordos, proveedores de albergues, pretorianos, agitadores obreros... Un día franqueó el umbral el tifus exantemático y otro, salieron sin ser notados de la guardia veinte sacos de estampillas destinadas tal vez a la sección propaganda o a la correspondencia particular del Presidente.

Todo, lo vió pasar la vieja puerta con el gesto resignado de un antiguo servidor de casa grande en decadencia... Pero el Sábado a las once y media de la noche.- día y hora de aquelarres - sus maderos se conmovieron con un escalofrío de pavor al ceder el paso a una sombra estrafalaria.

Los goznes venerables que saludaron otrora, con acento de hierro al vencedor de Yungay, gimieron al despedir a Balmaceda, dejaron escapar, ahora, un áspero y metálico gruñido.

También el embozado respondió con un gruñido; pero de buen humor, alegre, cálido, primaveral, estudiantil.

El Presidente de la República, bajo una máscara de perro y un amplio dominó negro, salía de Palacio, para tomar parte en el baile de disfraces del Club Hípico.

Debe haber sido en realidad un espectáculo conmovedor ver al primer mandatario, en su disfraz canino, ladrando a los transeúntes, y pensando al propio tiempo, en la necesidad de incrementar los fuegos del Poder Ejecutivo, en llevar a feliz término el Protocolo de Washington y en otras cuestiones de alto interés público.

Se explica, pues, el espanto con el histórico palacio, ha sentido romper los viejos moldes según los cuales el Presidente de la República estaba obligado a presentarse en forma humana durante todo su período. Se explica, digo; pero no se justifica. ¡Bien está que alguna vez un soplo primaveral conmueva los recios muros de la mansión colonial y barra los adustos recuerdos del pasado!

El disfraz no deshonra.

Cuentan las crónicas que Haru-al-Rachid, el magnífico Emir de los Creyentes, solía, también, cambiar sus vestiduras y bajo viles apariencias recorrer los zocos y bazares para posesionarse de las desdichas de su pueblo, y mejorar su condición.

Eso hacía Harum-al-Rachid, porque era grande, poderoso, y los pobres eran pocos y sus males podían aliviarse; pero aquí donde las cosas no tienen compostura, qué ¿sacaría un gobernante con ir a ver miserias y tristezas?

Mucho hace el Presidente con disfrazarse e ir a un baile. Con ello constituye por lo menos a entretener a su pueblo en forma honesta y económica. No todos pueden darse el lujo de imitar punto por punto al legendario sultán de "Las Mil y una noches"